

REVISTA
DE LA
UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Tomo IX

Lima, Julio-Agosto de 1941

Número 4-5

PROFUSION Y CONFUSION EN EL CAMPO PEDAGOGICO

Por ANGEL DE LAPUERTA, S. J.
Profesor de la Universidad Católica del Perú

1. Es un hecho innegable que en el campo de la pedagogía abunda mucho más lo mediano, inútil y aun malo que lo verdaderamente provechoso (1). Entre el farrago de producción anual, que inunda el mercado pedagógico (2), las obras de verdadero mérito

(1).—“En el terreno pedagógico los libros y las revistas nos dan hoy más piedras que pan. Esto nos hace temblar por el porvenir de la pedagogía”. Así se expresa Federico G. Foerster. Con este severo juicio del gran pedagogo alemán están de acuerdo: Ruiz Amado, Rufino Blanco S., De Hovre, Manjón y los más eminentes pedagogos no católicos, como Paulsen, Spranger, Murray Butler, etc. Por la indole de este sencillo artículo, que no pasa de una elemental reflexión sobre un hecho cierto, no creemos necesario citar bibliografía; pues cinco y dos serán siempre siete, con o sin bibliografía. Con todo, quien quisiera abundante documentación en torno de las ideas expuestas en estas líneas, la encontrará, y de primera mano, en las excelentes obras de Francisco de Hovre: *Filosofía Pedagógica — Pedagogos — Pedagogía del Catolicismo* (Editorial Razón y Fe, Madrid, 1934). De Hovre, discípulo de Mercier, es por su erudición, método científico riguroso, y sobre todo por la ortodoxia de su doctrina, aliento y profundidad filosófica, un valor de primer orden, que ningún lector interesado en estos estudios puede dejar de leer. No sabemos si el benemérito director de la *Revista Flamenca de Pedagogía* ha publicado ya los otros dos volúmenes que promete en su prólogo al segundo libro citado: *Corrientes modernas y Pensadores pedagógicos contemporáneos*.

Los alumnos de la Universidad Católica, y todos los del Perú, disponen de un buen texto en *Rumbos de la Pedagogía Contemporánea*, por un Profesor de la Escuela de Pedagogía de esta Universidad. Vaya nuestra calurosa felicitación al anónimo autor. El libro encierra unas 460 pp. en formato 24 × 17. La bibliografía no es muy extensa, pero selecta. La segunda edición podría mejorar algo la bibliografía, y sobre todo la presentación tipográfica, corrección de pruebas, y otras

que significan algún adelanto o esclarecimiento de un punto importante, son contadísimas. A los filántropos norteamericanos les queda por fundar una institución para premiar manuscritos que no se publiquen jamás... Harían un gran bien. Editándose menos, sabríamos más y mejor. Quien sea muy leído en toda clase de obras y revistas de pedagogía que comience por olvidar no poco. Para quedarse con el grano hay que aventar la paja. Creo que las tres cuartas partes de lo que entregan las imprentas tiene más de paja que de grano. La razón de esta lamentable situación radica en la confusión y desorientación de ideas, en la frivolidad y novelería. Lo primero sería ponernos de acuerdo sobre los puntos fundamentales: *qué es el hombre, para qué educamos*. Conocido el fin y al hombre a quien se trata de conducir a su término y perfección (pues esto y no otra cosa es educar) más fácilmente acertaríamos con los

puntos que no escapan al buen criterio del autor. Desearíamos desde luego que se citasen y juzgasen mayor número de autores cristianos, católicos sobre todo, en la última parte de la obra.

En el excelente trabajo de De Hovre, *Pedagogos y Pedagogía del Catolicismo* echamos de menos que no analice a ningún representante de la Pedagogía española. El autor toma un prominente representante de Francia, Bélgica, Inglaterra, Estados Unidos y Alemania. España, en este siglo, le ofrece, por lo menos, Ruiz Amado, Rufino Blanco, y sobre todo el santo y genial Don Andrés Manjón, sin duda, muy superior a Decroly y Montessori. Con sumo gusto vemos al creador de las escuelas del Ave María bien analizado en *Rumbos de la Pedagogía Contemporánea* y antepuesto a Pestalozzi, prácticamente en todo, menos, claro está, en orden cronológico, y, por ende, en esa especie de paternidad que confiere el tiempo. Ciertos oídos se escandalizarán; pero a los tales habría que recordarles que lo acatólico, no por este triste título vale más, sino antes bien menos, sobre todo en educación y educación de la niñez; y al revés sucede con la pedagogía y pedagogos católicos. Ellos están más cerca del único verdadero Maestro. Foerster, no católico, nos dirá: "En el Gólgota y sólo allí han sido resueltos todos los problemas de la filosofía" (y de la pedagogía, por lo tanto, podemos añadir) "Toda filosofía que elude las enseñanzas de la Cruz se reduce a una vana charlatanería". En otros muchos lugares se ríe y lamenta Foerster de "esos pobres espíritus", llenos de prejuicios, que creen poder oponer sus mezquinos puntos de vista o simples verdades parciales, a las verdades eternas, universales, centrales y vivas del cristianismo"; y por cristianismo entiéndese ante todo la Iglesia Católica.

(2).—Rufino Blanco en su *Bibliografía General de la educación física y de sus ciencias fundamentales*. (Madrid, 1937), reúne 18.371 obras, la inmensa mayoría de este siglo; y en *Bibliografía Pedagógica del siglo XX*. (Madrid, 1932-1933), otras 15.890 obras sobre otros temas pedagógicos.

medios. Se objetará que la concordia en las bases de la educación no es posible, pues no existe acuerdo en el terreno filosófico y religioso.

2. La observación es muy exacta, y señala la raíz más honda del mal, su gravedad y futura duración; pero también apunta indirectamente donde se encuentra la curación radical: en el Catolicismo, o en ninguna parte; porque suponemos que el materialista, panteísta, marxista o partidario de cualquier otro error que necesariamente tiene su correlativo pedagógico, no pretenderá detentar mayor dosis de verdad sustancial que el Catolicismo. Aquellos sistemas heterodoxos todavía no cuentan dos mil años, no han transformado a un mundo y civilizado a otro, y creado más caracteres que horas cuenta la escuela católica bimilenaria. Por otra parte un programa mínimo común a esas diversas escuelas entre sí, o con el Catolicismo, es tan imposible como que las doscientas y más sectas protestantes adopten un credo común, porque ni siquiera los obispos de la High Church han podido ponerse de acuerdo sobre el punto de partida fundamental al Cristianismo, o sea, la divinidad de Jesucristo.

Lo mismo sucederá en pedagogía: comenzaremos por no ponernos de acuerdo sobre si el hombre es un simio evolucionado hecho para comer con tenedor, o si es algo infinitamente más grande: un ser racional, libre e inmortal. Entre el animal perfecto que se afeita y fuma; o entre el hombre infatuado de su falsa independencia, que se tiene a sí mismo por principio y fin de toda ley y derecho; o el hombre-pieza en la maquinaria del Estado; y por otra parte, la persona humana redimida por el Hijo de Dios, media un abismo infranqueable, una diferencia no meramente gradual o accidental sino esencial. También en pedagogía el transformismo es absurdo: el simio pedagógico jamás llegará a comprender la educación cristiana.

3. Tampoco será solución una escuela neutra; ni católica, ni materialista, por la sencilla razón que semejante solución es impracticable, injusta e hipócrita: entre el *sí* y el *no*, no cabe el "*no sé*, — *usted verá*, — *usted escogerá*". Porque ni el niño, ni el joven, ni nadie que se estime a sí mismo, va a la escuela o a la universidad para oír "*un no sé*" en los problemas más trascendentales y vitales, sino para ser ayudado, guiado y conducido por un maestro

amigo a las riberas de la verdad y del bien. El maestro que ignora donde se encuentran esas riberas está, si cabe, más radicalmente incapacitado para su labor que el que señala por cima lo que en realidad es abismo. El comunista o anarquista de buena fe, dispuesto a dar su sangre por la absurda causa que defiende, se encuentra, psicológicamente al menos, mucho más cerca de la verdad que el gentleman neutro sentado entre judíos y católicos, con un buen habano en los labios, y el "*Quid est veritas*" en la boca. Aquel comunista, dentro de su error, posee la sinceridad y abnegación de la verdad; este neutro, además del error, la cobardía de la conveniencia y el miedo a la verdad.

4. La desorientación ideológica es la herencia más amarga y fatal de Lutero. Hace cuatro siglos que todos los errores y desastres juntos no equivalen al daño de esa protesta. El Protestantismo es negativo, y tiene la desgracia, por oponerse al Catolicismo, de llevar en sus entrañas, no ésta o la otra negación, sino simplemente la negación de la verdad. Por eso el escepticismo o agnosticismo se encuentra en el frontispicio de todas sus universidades. La ciencia protestante termina por ser necesariamente escéptica, y sólo se libra de esa noche mientras todavía le iluminan los rayos recibidos del Catolicismo. Como todo error, vive de la verdad que niega y muere de la mentira que profesa. Cuando reacciona es en forma violenta y convulsiva. El Protestantismo jamás conocerá una restauración, sino contrarrevolución, como cuando el marxismo reacciona violentamente contra el liberalismo. El liberalismo es el Estado desde el punto de vista del individuo, que acabará por ser absorbido por aquel Estado que él ha creado para sí; y el marxismo es el individuo desde el punto de vista del Estado que creó el liberalismo; pero ambos son miradas protestantes; protestan contra la jerarquía del orden, como Lutero denunció el principio vital de toda ordenación en el mundo, que es el Pontificado.

La esperanza que se puede abrigar respecto al mundo moderno, hijo o nieto del Protestantismo, no es de simple transformación, sino llanamente de conversión. Qué fuerzas aplicará la Providencia para lograr este cambio de alma, es cosa que trasciende toda humana previsión. Pero es de creer que el alma católica no llegará a informar al Protestantismo caótico únicamente por lenta conversión, sino favorecida por extraordinarios acontecimientos cuyo

secreto pertenece a quien tiene en sus manos las riendas del mundo para salvar a la pobre humanidad. En la conversión lenta y como con cuenta gotas parece que entra demasiado la débil cooperación humana para tan grande obra. Las grandes herejías, como las notables conversiones, permanecen siempre un misterio de la Providencia divina que castiga para sanar y sana para vivificar. Convertir es infundir alma, y el alma de los pueblos, si cabe más que la de los individuos, pertenece a solo Dios. La filosofía de la historia es ciencia que no se domina sino desde el balcón de la eternidad. Cuando se rasgue el velo del tiempo estudiaremos profundamente la historia; nuestra admiración no tendrá límites. Pero volvamos a nuestro tema para dejar en claro que la espantosa confusión en el campo de la pedagogía, como en todos los problemas humanos, se lo debemos al Protestantismo y a su herencia. Para educar hay que hallar al hombre; para encontrar al hombre hay que conocer a Dios y a su Cristo, y a Cristo perdido se le encuentra siempre en su templo, la Iglesia. En el mundo no está sino en el sagrario y en el sacerdocio que lo custodia. Los Evangelios se pueden imprimir y divulgar lo mismo desde Pekín que desde Londres; pero a ninguna imprenta ha dicho Dios "*Yo estaré contigo hasta la consumación de los siglos*". Se lo ha dicho a una sociedad viviente, con cabeza visible, e importa a la pedagogía cristiana, que es la pedagogía humana, preguntar si esa cabeza visible es Lutero, Enrique VIII, Isabel, o si es el Pontificado.

La primera causa de la confusión y escaso mérito de las publicaciones pedagógicas, se debe, pues, a la crisis de ideas introducida en el mundo por el Protestantismo al romper la unidad de fe y de verdad. La segunda causa es la *frivolidad y novelería*.

5. Desorientadas las cabezas, presa el mundo de malestar y de agitación incesante, asemejado a un ciego que tantea paredes o cree descubrir bultos entre sombras, enervadas las voluntades y caracteres, todo el mundo se cree con derecho para tratar al enfermo y darle recetas que alivien su dolencia. Escriben enfermos para otros enfermos. Todos quieren ser médicos porque todos desean sanar. Pero muy pocos poseen medicamentos eficaces. Estos en último término hay que buscarlos en el Evangelio y en el conocimiento directo del hombre tal cual Dios le crió y éste se deformó. Tal conocimiento es muy difícil a quien mira con prevención el Evangelio,

donde realmente vive el hombre, porque, en virtud de esos prejuicios, mira al hombre real a través de formas o de colores apriorísticos. Todos son kancianos, porque ninguno o pocos son evangélicos, y no lo son porque no son católicos. Lástima de tiempo empleado muchas veces en fabricar y beber veneno.

6. La *mania empírica* es la tercera causa de la desorientación. Que la filosofía de la vida condiciona en su base y orientación toda pedagogía es más que evidente. Si se educa al hombre para algo se le educa. Cansada en nuestros días la pedagogía de buscar esa base, da de mano a las gravísimas cuestiones de orden filosófico como a vanas disquisiciones metafísicas. Hora es, según afirma, de tratar a la pedagogía como ciencia, con métodos experimentales, como se estudia mecánica, química o biología. Surge la pedagogía experimental: laboratorios, tests, pedagogía psicológica, mecánica pedagógica, metodología científica, paidometría, etc., etc. La producción es inmensa, casi infinita; pero aparte de reducidas conquistas, no siempre desconocidas en tiempos pasados, el hombre sigue el eterno desconocido y deseducado. Después de esa fabulosa producción cientista no hay ni más moralidad, ni más nobles y recios caracteres; antes muy al revés. Confesemos la bancarrota frente al niño descuartizado y sin alma de un laboratorio paidológico. Para estudiar al niño era preciso reconocer antes que era hombre, dotado de alma, libertad, inteligencia y destino nobilísimo. De todo ello se ha prescindido; el niño ha demostrado que no era ni simple máquina, ni animal bimanio. Los resultados han sido negativos, muy poco lo positivo e ingente el esfuerzo derrochado y las sumas empleadas. Qué liberal es el Creador del hombre que para reivindicar nuestra nobleza permite el fracaso de semejantes esfuerzos. El punto de vista de la pedagogía empírica y materialista avergonzaría a Platón o Quintiliano, no la entenderían ni Homero ni Virgilio y aun la despreciaría el escéptico Horacio, tan es verdad que todo lo anticristiano es inhumano.

Hacia la solución.

7. Existe una poderosa corriente pedagógica que aun no siendo católica, se va acercando hacia la solución, hacia el campo católico. Podrá arrastrar errores fundamentales, pero es digna de de-

tenido estudio: su mirada sobre el hombre vuelve a participar mucho de la vista católica y tradicional. En Alemania Paulsen primero, pero mucho más Foerster es su más genuino representante. Sola la iluminación de la fe le faltaba a quien tan noble y objetivamente consideró al hombre, y esta fe, según he oído decir, pero no lo puedo confirmar, finalmente le iluminó. En ese caso, la pedagogía humana y sincera le condujo al Catolicismo, como, en otro tiempo, el estudio del arrianismo y la práctica de la piedad llevó a Newman a la reconciliación con Roma. Todos los caminos de verdad llevan a Roma, porque todos conducen al Evangelio, y la edición pura del Evangelio sale de las prensas vaticanas; allí se edita con sangre de mártires, lágrimas de penitentes y perfume de vírgenes.

Caracteres de esta nueva tendencia pedagógica.

1º) Concede capital importancia a los problemas religiosos y filosóficos sobre el hombre, problemas que constituyen la base y término de toda pedagogía.

2º) Hace del carácter o formación moral de la voluntad el punto central de toda educación, y demuestra, en su comparación, menos aprecio por la exclusiva formación de la inteligencia, y sobre todo, por la erudición enciclopédica. Devuelve pues la palma a la voluntad en la educación humana. El hombre debe ser mucho más una voluntad firme y moral que no una inteligencia enriquecida con conocimientos y aun que una inteligencia poderosa; eso que *la teste bien faite*, vale mil veces más que *la teste bien pleine* (3).

3º) Considera al hombre como un todo viviente y no como yuxtaposición de elementos mecánicos. Tiende a ver todo el hombre en cada una de sus principales manifestaciones: ideas, sentimientos, afectos, voliciones. El hombre es una admirable unidad viviente. Una sola alma modeló para sí el conjunto. En virtud de esta unidad personal y orgánica participa el hombre con inmensa ventaja sobre el bruto, de la unidad y simplicidad del ángel y del mismo Dios. Si vale la expresión, el hombre es un ángel que fabricó su cuerpo. No se pueden pues estudiar las partes fuera del todo. Los grandes conocedores del hombre, como son los maestros de espí-

(3).—Montaigne, *Essais*, l. I c. XXVI. Léase también el c. XXV.

ritu, los genuinos educadores, genios del arte y de la literatura, conductores de pueblos, han conseguido, como nadie, el conocimiento profundo del hombre, aun sin haber saludado un manual de pedagogía experimental. La observación directa del niño, la propia introspección, la lectura y trato con esos privilegiados del humano saber son los medios más eficaces y rápidos para conocer al niño, siempre que no falten por completo en el pedagogo las cualidades nativas para su vocación, cualidades que nunca suple de raíz ningún estudio, ya que unos nacen con oído musical y otros no, unos con vocación de educador y otros no.

La solución definitiva del problema, el progreso continuado dentro de una misma trayectoria de verdad, se encierra en estos cuatro términos: el niño o el hombre, para Dios, por Jesucristo, dentro de la Iglesia Católica. El primer término dice: el niño o el hombre. El Evangelio nos ha revelado con luz divina infalible y con luz humana de absoluta certeza lo que es el hombre perfecto en el retrato vivo de Jesucristo. Pero el Evangelio, esa difícilísima facilidad, esa eterna e inagotable verdad, exige de nosotros para su más profunda y acertada comprensión todo el esfuerzo abnegado de nuestra inteligencia y buena voluntad. Confesemos que los católicos a veces no hemos contribuido lo suficiente con la parte del esfuerzo propio que exigía de nosotros la posesión de las verdades fundamentales inamovibles en pedagogía. Debemos estudiar al niño, al joven y al hombre con tanto y mayor afán seguramente que aquellos que le degradan convirtiéndole; con Spencer, en átomo de la naturaleza; o manoteo de reacciones bestiales con Freud; o salvaje esclavizado con Rousseau; o molécula, especie de dios-criatura con Nietzsche; o en ciego soñador de sus propias fantasías, superior y a la vez súbdito de sí mismo, con Kant; o en rueda de Estado con Fichte, o en glóbulo de sangre nacional según novísimo y vergonzoso dislate; hoz y martillo de odio con Marx y Lenin, o miserable inconsciente con Hartmann. No, estudiemos con cariño, con abnegación y perseverancia al niño por todos los medios, con todos los recursos de la ciencia, y sobre todo, con Manjón, mediante la observación hecha con indecible cariño y respeto al mismo niño. Bien lo merece; él es la confluencia de los dos grandes ríos que se llaman creación y redención; es el puente entre el tiempo y la eternidad; entre esta patria, que hay que engrandecer, y aquella otra eter-

na que poblar. Para no errar ni en la filosofía, primera base natural de la pedagogía, ni en la interpretación de los datos suministrados por el laboratorio, que también nos deben, claro es, ayudar, no apartemos los ojos de aquel buen Maestro que atraía y acariciaba a los niños, y los propuso como dechado de perfección a los grandes.

Angel DE LAPUERTA, S. J.